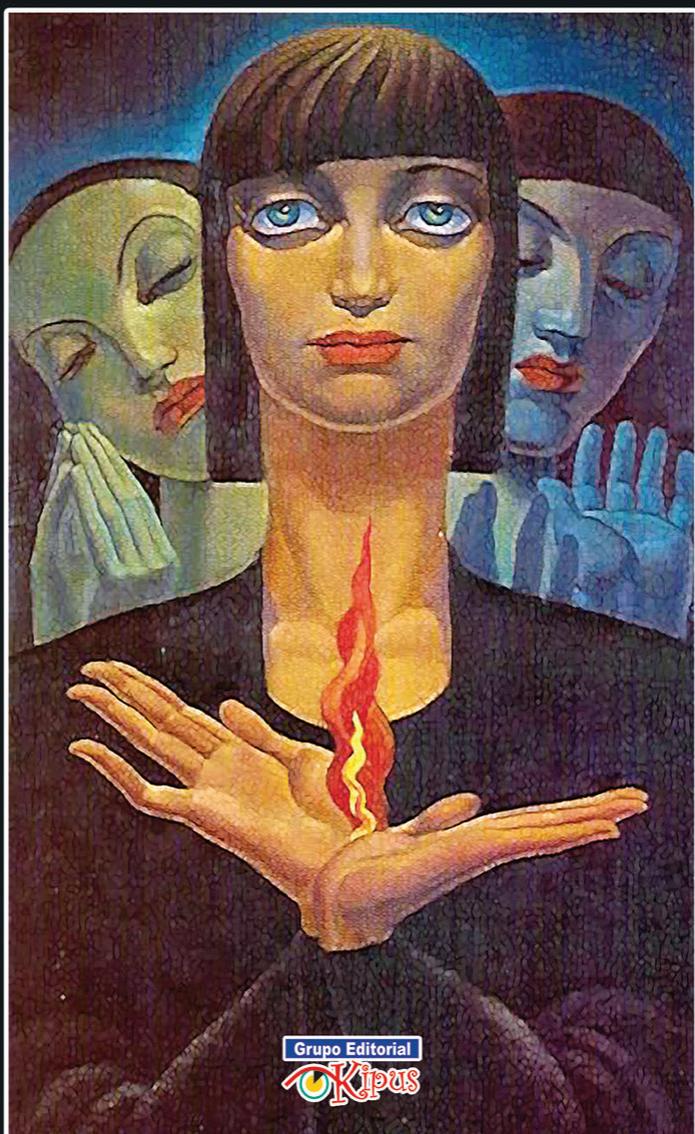


EDUARDO SCOTT MORENO

CINCO CUENTOS COLOMBIANOS



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
EL EXTRAÑO CASO DE LALITA SANTAMARÍA.....	13
EL ADIVINO DEL TAROT	41
ALADINO, UN HOMBRE ANODINO.....	71
MEMORIAS DE LA LECHUZA.....	101
CIRCE O LA BELLA DURMIENTE.....	125

PRÓLOGO

Al ocasional lector de *Cinco cuentos colombianos* de Eduardo Scott Moreno, me permito sugerirle que lo haga bajo tres premisas: título de la obra, desarrollo de los diversos tiempos y ambientación de la trama.

El título prefigura los otros dos aspectos mencionados. El desarrollo logra una estructura que articula los cuentos en una unidad, dando un significado que sólo es posible percibir en el conjunto de la historia, pues se advierte un hilo conductor que expone el sentido global. Para el lector, el avance en cada una de las páginas es como una revelación que va creciendo hasta completarse al final. Por último, todas las historias de esta obra acontecen en diversas ciudades de Colombia, sin que exista un centro geográfico definido, pero siempre alrededor de ese núcleo unificador que resurge en el transcurso de cada una de las narraciones.

Cinco cuentos colombianos contiene cuentos perfectamente articulados con una visión esteticista de la literatura y del arte. También son una consecuencia de las vivencias y experiencias que los personajes han tenido en cada una de las secuencias que les toca narrar y que se trasuntan en la historia general. Esto hace que, en la mente del lector, paulatinamente, vaya apareciendo una visión holística de ese todo constituido por la obra. Es decir, que cada cuento puede (o podría), ser leído

independientemente y en cualquier orden, pero que tendría mayores dificultades para encontrar la trama subyacente que hace cada uno de los personajes en el conjunto de las cinco narraciones.

Es necesario prevenir respecto al título, *Cinco cuentos colombianos*: son cuentos, cierto, pero el conjunto también constituye una novela breve. Es en la trama y el contenido que se agregan paulatinamente a manera de recuerdos, en las narraciones que parecen accidentales, en detalles nimios, pero que adquieren un sentido revelador y un significado en la lectura. Se los podría leer en cualquier orden, pero a fines de comprensión, es mejor hacerlo en el orden en el que se presentan en el índice para apreciar la articulación gradual de ese mundo de muchos matices que se plasma a lo largo del libro.

Alguna vez me encontré con el término *cuen-vela*; es decir, cuentos compuestos como una novela para armar, recordando a *Rayuela* de Cortázar. Son agregados secuenciales, donde el primero de los cuentos constituye la inauguración de un imaginario complejo, el que sigue y los subsiguientes se suman y se abren como figurando un laberinto al revés, con muchas entradas que confluyen en un solo centro.

Y es en el relato, en las conversaciones de los personajes sobre arte y literatura; en sus intimidades y anhelos, que se reflejan lo que cada uno es: hombres y mujeres que quieren vivir, hacerse de un mundo que también se crea en sus sueños y delirios, en sus conversaciones tormentosas con el Coronel Aureliano Buendía, con Hamlet e incluso con San Pablo. En las premoniciones ambiguas pero vívidas que tienen las dos mujeres que narran sus historias.

Al final, todos los caminos conducen a El Álamo, cuyo nombre el autor utiliza anacrónicamente, llamándolo como

se llamó hasta antes de la guerra de invasión de los Estados Unidos contra México. Un pueblo agobiado de sol y lecturas del Tarot durante el día; mientras, durante la noche, las lagartijas, sigilosas y brillantes, se detienen en los antepechos de las ventanas. Y a medida que las sombras de los cactus invaden el paisaje y se convierten en espectros con los que uno de los personajes conversa interminablemente. Y hay otras conversaciones realizadas a través de sesiones espiritistas de un personaje que hace recuerdo a Úrsula de *Cien años de soledad*, en las que invoca a un arcángel que ella misma destruyó. Ahí vive toda la familia esperando un no se sabe qué. Pero están solos en la inmensidad de un pueblo en el que nadie más parece vivir, como en Comala, el pueblo desolado de *Pedro Páramo*, habitado sólo por espectros, quizá más reales que algunos miembros de la familia.

Un comentario más sobre la diversidad psicológica de los personajes. Un ladrón de carteras dedicado al esoterismo; un sicario que vende productos farmacéuticos; una doctora en filología que teje gobelinos demoníacos; un contador que estafa a un centenar de personas; una adolescente sensual e inocente que sueña espejismos, palacios y cementerios. Todos creíbles y sólidos en lo que persiguen y perciben, aunque diferentes en ese universo que concluye, o que se sospecha que concluirá, en un epicentro lejos de Colombia.

Eduardo Scott Moreno hace una relación extensa y profunda de las emociones, esperanzas y recuerdos que hacen al ser humano, dentro de un delicado manejo del lenguaje, a veces casi poético, sintetizando en esta obra ese mundo diverso y riquísimo que es la literatura.

Marcelo Paz Soldán
Santa Cruz, 7 de octubre de 2019

EL EXTRAÑO CASO DE LALITA SANTAMARÍA

CALI

Hoy, al volver del trabajo, la encontré bajo el umbral de una puerta en la que se había refugiado para protegerse de la lluvia. Estaba de pie, empapada. Tenía barro en las manos, en las rodillas y en los pies, como si hubiese estado arrodillada en un jardín bajo un diluvio plantando gladiolos y nomeolvides. Miraba hacia ningún lado con una indiferencia que no es de este mundo. Pero era tan bella que durante un segundo creí que era un ángel caído del cielo.

También era muy joven y daba tanta sensación de indefensión que me enterneció. La gente, apurada por la llovizna y por sus asuntos particulares, pasaba por la acera sin fijarse en ella, como si esa angelita tan bella fuese invisible. Supongo que si yo la vi fue porque debo fijarme en todo debido a la profesión que tengo. No puedo andar por la calle hecho un babieca, pues podría venir un sicario y pegarme cinco tiros en la espalda antes que sepa qué es lo que me pasó.

Era un cuadro extraño, así que me detuve a dos pasos y me fijé mejor en la muchacha: a más del barro que ensuciaba su vestido blanco, sus rodillas, manos e incluso su cabello, sostenía, por uno de los pies, una muñeca de trapo aún más

empapada que ella y que colgaba toda descuajeringada a su costado. La falda de la muñeca estaba dada la vuelta, tapándole la cabeza, pero alcancé a ver que tenía unos rulos rubios. En cambio, la muchacha era morena y tenía el cabello negro y lacio pegado a las mejillas; con una extraña mirada apática en sus ojos celestes.

Me cobijé en la misma puerta, en el umbral que alcanzaba justo para los dos. A pesar de la hora y de la llovizna, hacía calor por el bochorno que venía del sur. Sin embargo, ella titiritaba. Me fijé si algún curioso nos observaba, pero la gente caminaba en ambas direcciones, bulliciosa y empujando al de al lado. Un colectivo paró y descendieron tres mujeres que cargaban unas canastas repletas de fruta. Volvían de compras del mercado, seguramente. Nada para extrañarse. Entonces, la muchacha me dio aún más pena. Tan jovencita y toda mojada y desvalida, con el vestido barato pegado al pecho y a las caderas, revelando impudicamente su cuerpo.

“¿Cómo se llama usted?”, pregunté.

No pareció escucharme, así que repetí la pregunta, pero ni me miró. O era sorda o estaba ensimismada con su mirada hacia ningún lugar. Vi sus pestañas espesas y la grupa levantada y fuerte a pesar de que se la veía delgada. Era una mezcla árabe, antillana y mulata que producía esa muchacha tan linda que me entraron ganas de alabar a Diosito por las maravillas de Su Creación. Aunque quizá la chica era un poco loca, con la muñeca ahí colgando de una pata, oscilando como un péndulo.

“Usted se viene conmigo”, le dije con tono autoritario. La tomé de la mano libre e hice que me siguiese. No opuso resistencia alguna, pero tampoco colaboró. Solo se puso a

caminar como un autómata que sigue a alguien porque no tiene otra opción, con la muñeca en la otra mano.

Entramos al edificio de parqueos. Le abrí la puerta del automóvil; se sentó dócilmente, puso a la muñeca sobre su regazo y me la presentó:

“Se llama Lalita”, me dijo.

Partimos, conduje todo lo velozmente que pude para evitar el tráfico vespertino. Tomé la Autopista Sur para ir a Santa Mónica. Ya no llovía. Observé que no se había puesto el cinturón de seguridad.

“Y tú, ¿cómo te llamas?, ¿también Lalita? Ponte el cinturón”.

“Sí”, contestó y se abrochó el cinturón mecánicamente.

“Así que tú y la muñeca tienen el mismo nombre. Supongo que se lo pusiste tú para que sea tu cómplice y nadie sepa quién es quién”.

Me burlaba, claro, pero ella no respondió ni pareció darse por afectada. Me arrepentí de haberle dicho eso. Inmediatamente, me arrepentí de haberme arrepentido, pues alguien que tiene un oficio como el mío debe estar más allá de los arrepentimientos. Entonces me pregunté qué diablos hacía yo yendo a casa con la muchachita al lado. Ya que, tanto por elección como por necesidad de mi profesión, vivo tan solitario como lo haría un anacoreta en su cueva, solo que con muchos más lujos: televisor de 65 pulgadas, aire acondicionado, dos dormitorios, mi escritorio y mis lecturas, siempre asistido por mi fiel escudero, o sea mi whisky preferido, el Royal Salute de 21 años de añejamiento. Puedo decir que habito en el mundo, pero no lo frecuento en exceso, excepto por mis dos trabajos.

“¡Qué tonto eres!”, exclamó, “se llama Lalita porque yo la bauticé con mi nombre para que sea mi amiga. La encontré botada en un basurero, la adopté, y desde entonces no se separa de mí. La cuidaré como a mí me cuidó la monjita Maricruz”.

Preferí callar, pues ella estaba muy seria. Me miró fijamente durante un segundo, pero luego, como si el cielo se nublase repentinamente, su mirada se vació de todo sentimiento y pareció que se había ido muy lejos, a un lugar inaccesible.

Apreté los números del cerrojo digital de seguridad de la puerta de entrada y pasamos a mi apartamento. Tuve que tomarla de la mano de nuevo para que entrase, de otra manera se hubiera quedado de pie, igual que en la ciudad, debajo del vano de la puerta.

“¿Tienes frío?”, aunque la pregunta era insulsa, pues se veía que estaba aterida. Pensé que quizá era drogadicta, pero no tenía marcas en los brazos ni en la cara ni en ningún otro lado. Por lo demás, era perfecta, salvo el barro que me iba a ensuciar el piso y los muebles; además, emanaba de ella una especie de altivez natural como si fuese una princesa extraviada en el mundo de los patanes. Así que deduje que más probablemente o era un poco loca o había tenido un trauma reciente. Me pareció que sería cuestión de tiempo el averiguarlo.

Y en ese momento fue que mi *Alter Ego* me riñó: Y tú, imbécil, ¿qué vainas tienes que averiguarlo? ¡Tienes que trabajar!, ¿o ya lo olvidaste?

Y era cierto, ciertísimo; esa noche tenía un trabajo delicado. No diré que era la gran cosa, pero requería atención y cuidado. Venía preparándolo hacía tres semanas. La paga era de veinte mil dólares y ya me habían dado la mitad. Debía salir a la noche para cumplir con ese encargo. Esa fue la razón

por la que me escapé temprano de la farmacéutica para irme al apartamento a descansar unas horas, y al dirigirme a recoger el auto, me encuentro a la muchacha cobijada bajo el dintel de la puerta toda desvalida y mojada. Se me parte el corazón y no veo nada mejor que traérmela a casa. Mi *Alter Ego* tenía razón: en ocasiones, soy un tonto sin control de sus sentimientos.

Me fijé en mi reloj, faltaban cinco minutos para las cinco. Suspiré aliviado; tenía mucho tiempo, hasta las diez, por lo menos. Pero ése no era el problema principal, sino el qué iba a hacer con la chica titiritando como una gatita friolenta. Además, con el barro que traía encima, ella iba a ensuciar la alfombra y mis sábanas de satén.

Como soy obsesivo con el orden y la limpieza, imaginé el parquet del piso y las paredes manchadas con lodo. Ante esa visión me decidí: la tomé otra vez de la mano y la conduje al baño del dormitorio principal. Encendí la ducha de agua caliente, comprobé que el agua estuviese a una temperatura agradable y la guié debajo de la regadera vestida y siempre con la muñeca suspendida por una pata. Se quedó quieta mientras el agua transparentaba su cuerpo y ella me contemplaba con una inocencia de recién nacida. Nunca había visto esa mirada; o quizá sí, en los cuadros de las iglesias. Me quité los zapatos y la camisa y me metí a su lado; tomé los sujetadores del vestido y los aparté de los hombros para bajarle la prenda. No llevaba sostén y las pantaletas eran las de una niña: una seguidilla de patitos color amarillo chillón se metían en una laguna. La desnudé completamente mientras veía sus senos ligeros de areola morena y la caja torácica con las costillas insinuadas bajo la piel. Tomé un champú.

“¡Cierra los ojos!”

“Hoy, al volver del trabajo, la encontré bajo el umbral de una puerta en la que se había refugiado para protegerse de la lluvia. Estaba de pie, empapada. Tenía barro en las manos, en las rodillas y en los pies, como si hubiese estado arrodillada en un jardín bajo un diluvio plantando gladiolos y nomeolvides. Miraba hacia ningún lado con una indiferencia que no es de este mundo. Pero era tan bella que durante un segundo creí que era un ángel caído del cielo”.

“Mi nombre es Jerónimo Betancourt, aunque, los colegas e hispanoparlantes del pueblo en el que ahora vivo me conocen como *el Adivino del Tarot*. El motivo por el que me dediqué a las artes adivinatorias es simple: tuve que dejar de robar carteras de mujer en las iglesias durante las misas de los días domingo, de la Cuaresma y de la Semana Santa, y en los supermercados, pues me detuvieron, juzgaron y encarcelaron. Fue en prisión donde un amigo y mentor me sugirió que menos riesgoso que estar en esas correrías era dedicarse al noble oficio de interpretar los arcanos que son revelados por la lectura de las cartas”.

“Temo que no nos libremos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática”.

“Mi vida fue desdichada y tan extraña que hasta ahora no la comprendo. Nací en el cementerio Camposanto Metropolitano de Cali o en un lugar próximo; no lo sé realmente. Lo que sucedió fue que me encontraron abandonada en el cementerio, recién nacida. Alguien me dejó al lado de una lápida que llevaba un apellido que es el que yo heredé, Santamaría. Ahí mismo está inscrita la fecha de defunción que es la misma de mi nacimiento y que dice: Aquí yace Arcángel Santamaría. Pero ¿quién fue la persona que me abandonó en ese sitio?; eso no lo sé”.

ISBN: 978-99974-14-65-6

